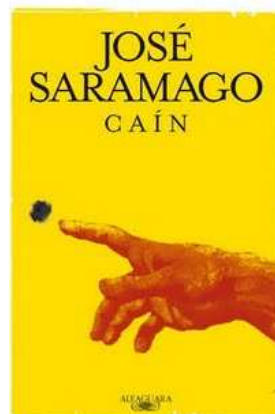


Caín

José Saramago, Madrid, Alfaguara, 2009

José Saramago y la polémica vuelven a coincidir. Cuando en 1991 publicó *El Evangelio según Jesucristo*, recibió las críticas furibundas del catolicismo ultramontano portugués. El Ministro de Cultura de entonces, personaje del que ya nadie se acuerda porque no destacó precisamente por sus desvelos a favor de la cultura, vetó la presentación de la novela al Premio Literario Europeo por considerar que ofendía a los católicos.



A esas críticas se adhirió la extrema derecha lusa y pronto se organizó en Portugal un frente político contra Saramago que le llevó a marcharse de su país y fijar su residencia en España. Ahora, casi veinte años después, con más novelas encima, un premio nobel y una reputación incontestable, los mismos de siempre se escandalizan porque Saramago vuelve a escribir otra obra inspirándose en la Biblia, y alzan su voz amenazadora contra el autor y la libertad de creación como si viviéramos en tiempos de Torquemada.

En su última novela José Saramago recorre algunos de los pasajes del Antiguo Testamento de la mano de Caín, personaje atribulado no tanto por haber cometido parricidio sobre su hermano como por no entender la razón por la que Dios es tan cruel con los hombres.

Dios expulsa a Adán y Eva del paraíso y ahí comienzan todos los males de una humanidad que ya es pecadora por designio divino. Caín, primogénito de Eva, mata a su propio hermano porque Yahveh mira propicio a Abel y su oblación más no a Caín. Tras haber asesinado a uno de su propia carne, Caín vaga perdido por viejas tierras bíblicas y asiste a la destrucción total de Sodoma y Gomorra, ordenada por Yahveh debido a los pecados allí acumulados. Caín también es testigo de la muerte de la mujer de Lot, dictada por Yahveh por desobedecer una orden. Y a partir de aquí la cólera divina se desata por completo: Caín asiste al asesinato de 3.000 hombres, incluidas mujeres y niños, que adoran al becerro de oro en la falda del monte Sinaí, contempla la muerte de los madanitas y el exterminio de los habitantes de Jericó ordenados por Moisés, observa estupefacto la destrucción total de la ciudad de Ai y la ejecución de sus 12.000 moradores a manos del ejército de Josué, así como el sometimiento a sangre y fuego de los amorreos. La novela prosigue con el asesinato por las huestes de Josué, elegido de Yahveh, de los habitantes de las ciudades de Maqedá, Libná, Laquis, Eglón, Hebrón y Debir y, para completar tanta matanza, relata dos parábolas igualmente sádicas: el inconcluso sacrificio de Isaac y el juego perverso de Yahveh sobre Job. En ambas, el creador se ensaña con las criaturas creadas, indefensas y frágiles, empujándolas a cometer asesinato y condenándolas a las desgracias más horripilantes.

Caín asiste a todos estos espantos con una mentalidad cercana a la de un hombre actual. Por eso no entiende nada de lo que pasa. No sabe el porqué de tanto horror ni comprende al Dios que lo provoca. Sólo hay una respuesta cabal a tanto desafuero divino. No aparece en la novela y la dio Saramago en una entrevista con motivo de la presentación de su nueva obra: "Fuimos nosotros quienes inventamos a Dios a nuestra imagen y semejanza, y por eso Dios es tan cruel."

Saramago no tiene la culpa de que los cinco primeros libros de la Biblia, que los judíos consideran su Ley o Torá, y que los cristianos llaman Pentateuco, tengan como protagonista a un dios cruel que decide condenar eternamente al hombre expulsándolo del paraíso y que, no satisfecho con ello, en su divina cólera, manda perpetrar asesinatos y matanzas de pueblos enteros para satisfacer un orgullo incomprensible.

Saramago tampoco es culpable de que la inmensa mayoría de los cristianos y judíos que están molestos con él por esta novela y que se consideran peritos en materia bíblica no hayan leído ni el Génesis, ni el Éxodo, ni el Levítico, ni los Números, ni el Deuteronomio.

Asimismo, Saramago no es responsable de la intolerancia de judíos y de cristianos que querían que se convirtiese en un poste de sal o que cayeran sobre su cabeza azufre y fuego (*para que la humareda de su tormento se eleve por los siglos de los siglos*, como dijo el ángel a su siervo Juan) por tener la osadía de novelar, de la mano de un arquetipo, Caín, el universo brutal y despiadado de los cinco primeros libros del Antiguo Testamento.

A Saramago, además, no se le puede censurar por haber reflejado en el espejo bruñido de sus palabras la vida bárbara de las tribus de Israel y las matanzas ejecutadas por los ejércitos de Yahveh. Cierto es que la imagen que se ve reflejada en ese espejo es feroz, pero ello debería avergonzar a los creyentes que la reivindicán o a quienes buscan reconocerse en las parábolas sangrientas de un libro que consideran sagrado.

En cambio, a Saramago sí se le puede imputar la responsabilidad de ejercer su libertad para escribir fábulas morales sobre los asuntos que le vengán en gana y como considere oportuno, sin pedir permiso a nadie y encomendándose únicamente a la indulgencia de los lectores, supremos jueces del genio del escritor. No merece ningún comentario que unos señores se sometan libremente a un código moral enfermizo y que conduzcan su vida con arreglo a normas absurdas (como Yahveh anunció a Moisés y a Aarón, *no comerás liebre ni cerdo porque rumian y no tienen la pezuña partida*) pero lo que no se puede admitir es que unos iluminados quieran que las vidas de todos queden sujetas a sus prohibiciones y desvaríos. Como nos descuidemos un poco y no opongamos resistencia a tanto fanático que anda envalentonado, acabaremos peinados con tirabuzones a lo kosher, visando con carácter previo en el dicasterio de la Congregación para la Doctrina de la Fe los libros que podemos leer, acomodando nuestras costumbres privadas a la sharia y convirtiendo nuestras escuelas en madrasas.

Es un hecho histórico que el Pentateuco expresa la ideología de campesinos atrasados que odiaban la razón y que vivían sumidos en el miedo y la violencia. No hay gozo de vida en sus páginas, ni tampoco compasión o amor. Sus historias y sus parábolas rezuman deseo de sumisión y muerte. Atrocidades, castigos y destrucción son protagonistas de la Torá. De esta fuente tan oscura brota la inspiración de los rabinos ultraortodoxos y de influyentes grupos cristianos, idéntica a la inspiración que, de aguas igualmente turbias, alimenta el fundamentalismo islámico, verdaderas plagas de nuestro tiempo.

En esta obra Saramago es, una vez más, fiel a su estilo. La narración se mezcla con el diálogo y el diálogo con la narración. Los puntos y aparte prácticamente no existen porque no hacen falta ya que hay muy poco que separar. En cuanto a las comas, su orden depende más de la estructura profunda de las frases, algunas de ellas interminables, que de las reglas gramaticales. En la novela se mezclan la descripción de los hechos con los pensamientos y diálogos de los personajes, a los que se añaden los de un narrador omnisciente. Todo ocurre sin discontinuidades, de la mano de una fórmula atrevida y, a la vez, natural, muy cercana a las

exigencias de la oratoria. Diríamos que el estilo de Saramago es a la novela lo que el recitativo a la música vocal. En *Cain*, como en el resto de sus obras, hay una fluidez discursiva que parece engañosamente espontánea y que es cualquier cosa menos improvisación. Hay que dominar muy bien una lengua para que, infringiendo algunas de las reglas de su gramática, el lenguaje rompa algunos convencionalismos y sea capaz de expresar más hondamente lo que bulle en la cabeza del autor. El estilo de Saramago parece en ciertos pasajes descuidado. Pero, en realidad, se trata de un descuido elegante y medido que amplifica la potencia del lenguaje para abarcar más contenidos.

Qué difícil debe de ser para el traductor trasladar a otros idiomas no sólo los significados sino las cadencias, los ritmos internos y los usos no convencionales de un idioma sin, además, traicionar el espíritu del original, suponiendo por otra parte que la lengua en la que se vierte la obra traducida permita tales ejercicios con elegancia y naturalidad. Esta difícil tarea la cumple con total brillantez Pilar del Río, traductora y esposa de Saramago, al verter al castellano, lengua hermana del portugués, la última novela del premio nobel. Aprovechamos esta ocasión para reivindicar la tarea del traductor, tan difícil como vilipendiada, sin la cual la extensión universal de la cultura escrita y oral sería imposible.

Emilio Alvarado Pérez